

LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS

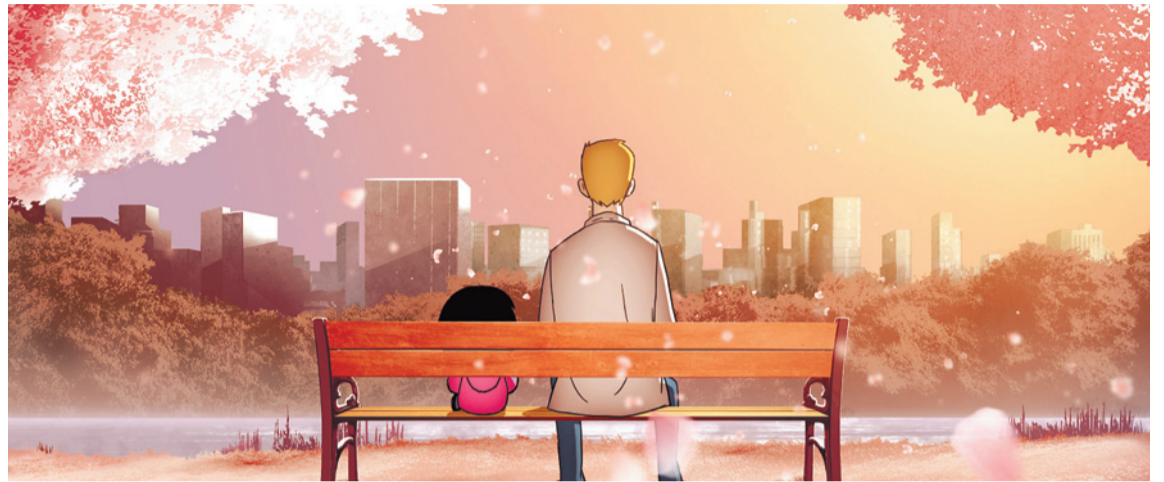
PRINCESS

Princess acaba de ser galardonada con el Meliès de Oro en el Festival de Cine Fantástico de Lund. El Meliès de Oro es el Gran Premio a la Mejor Película Europea del género fantástico que otorga cada año la European Federation of Fantasy Film Festivals. Optan a este galardón aquellos largometrajes ganadores del Meliès de Plata a la Mejor Película Europea de veinte festivales europeos de género fantástico.

Combinación cruel

Walt Disney ya nos avisó de lo peligroso que resulta mezclar imagen real con animación, y muchos de nosotros nunca podremos olvidar nuestras pesadillas infantiles a propósito de aquellos pingüinos que bailaban con Dick van Dyke en *Mary Poppins*. Esta película, *Princess*, es otra cosa. La premisa es la misma, pero los propósitos muy distintos. Por un lado, se trata de animación para adultos. Por otro, la parte de imagen real acaece siempre en el exterior de la trama principal, remite al pasado o ilustra filmaciones caseras en vídeo. El resultado es un pastiche casi más desasosegador por su forma que por su fondo.

Y eso que el fondo también se las trae. En la primera escena, un sacerdote acude a una casa de campo para llevarse a su sobrina, hija de una actriz porno ya fallecida. Luego nos vamos enterando de que ésta ha muerto por culpa de su novio, un tipo que la obligó a entrar en el oficio y después la abandonó a su suerte. La hija de ambos, que responde al nombre de Mia, parece sacada de *Monstruos S.A.*, pero las visiones que pueblan su mente son mucho más perturbadoras que todo eso: objeto de malos tratos, traumatizada por sus primeros años de vida, su descubrimiento del pasado de su madre será no menos lacerante, y ello obligará



a su tío a convertirse en una especie de Travis Bickle en versión danesa cuya única obsesión es la venganza.

Llama la atención, pues, esa combinación cruel de una estética depurada y de línea clara y una historia que surge del fango para volver a él. Por lo demás, la polémica está servida, pues muchos han querido ver en esta

fábula perversa una apología fascista, una reprobación del porno llena de moralina barata y una reivindicación de la familia tradicional. Sin embargo, *Princess* también puede contemplarse de otra manera. Por ejemplo, como una crónica violenta de los bajos fondos en la que nadie tiene razón ni deja de tenerla, ya que todos viven en

un contexto degradado y vacío de cualquier sentimiento. Una historia de nuestra época contada según las técnicas más avanzadas: ¿para qué filmar personas en 35mm. si la animación y el vídeo resultan más inquietantes?

.....
Carlos LOSILLA

THE ART OF CRYING



Entre la comedia y el drama

Imagínense a una familia en la que el padre abusa de su hija y el hermano menor de ésta actúa como si fuera su alcahuete. Luego imaginen otro escenario del mismo drama en el que el padre es un pobre hombre siempre al borde del suicidio y el niño un mirón cuya infancia se reduce a un montón de aberraciones. Luego sigan imaginando y lleguen a la conclusión de que la madre es más bien displicente y la muchacha sólo empieza a protestar cuando encuentra novio. Pues bien, todas estas lecturas y muchas más son posibles mientras se está viendo *The Art of Crying*, el primer largo de Peter Schonau Fog, que ganó el premio Fipresci en los festivales de Lecce y Estambul, así como el del Jurado de la Juventud en San Sebastián.

Pero no me malinterpreten, no crean que Schonau Fog es un perverso o un cineasta políticamente incorrecto. Lo único que ocurre es que la película pasa en 1971 y todo lo que sucede en ella está contemplado desde el punto de vista del chico, que no parece muy penetrante. De ahí que *The*

Art of Crying sea una película que bascula entre la comedia y el drama, entre la risa y el llanto, entre la realidad y el absurdo. El quid radica en que el muchacho adivina el punto débil de su padre y aprovecha ese descubrimiento para poner un poco de orden. En efecto, a su padre le gustan los funerales, como a la coleccionista que aparece en *Fiebre helada*, lo que nos lleva a pensar que los nórdicos tienen un concepto muy particular de la muerte. En cualquier caso, el padre disfruta en esos acontecimientos sociales por su gran habilidad a la hora de enhebrar un elogio del difunto, trátase del hijo de su peor enemigo o de su propia tía. Y su hijo respira aliviado, pues mientras hace eso no abusa de su hermana nigrita que quiere morir.

Como en el caso de otra película parecida también presente en la retrospectiva, *Cross my Heart and Hope to Die*, la infancia no es pintada aquí como un paraíso, sino más bien como un limbo del que hay que salir muy pronto. Lo que espera, sin embargo, es el infierno de la edad adulta, y eso no ayuda en nada. **C.L.**

FIEBRE HELADA

De Japón a Islandia

Las películas del nuevo cine nórdico apenas muestran a extranjeros, si no es en su condición de emigrantes. *Fiebre helada*, sin embargo, está centrada en la confrontación entre la mentalidad japonesa y las costumbres islandesas, aunque en ella también aparezcan norteamericanos, uno de ellos interpretado por Lily Taylor. ¿Quiere decir que nos encontramos ante una producción cosmopolita? Nada de eso, a pesar de estar coescrita y producida por Jim Stark, que ha participado en algunos de los proyectos más renombrados del cine independiente americano, de Jim Jarmusch a Alexander Payne.

Así pues, *Fiebre helada* es una especie de enigma, sobre to-

do si también tenemos en cuenta que su director es Fridrik Thor Fridriksson, un cineasta veterano que ya contaba con unas cuantas películas a sus espaldas. Y si a ello añadimos que la historia empieza en Japón, donde un joven ejecutivo con problemas de estrés decide largarse a Islandia, el lugar en el que murieron sus padres, para celebrar una ceremonia fúnebre según el rito budista con el fin de que sus almas descansen por fin en paz, entonces la extrañeza se multiplica. También hay bares que surgen en medio de la nieve y donde un lugareño que parece extraído de una película de John Ford servirá de guía a nuestro héroe. Y una pareja de autoestopis-

tas yanquis que complicarán aún más la vida del protagonista. Y una muchacha que colecciona funerales (como lo oyen). Y una niña que aparece en medio de la llanura helada para salvar la vida del protagonista.

En fin, la película está contada con las armas de Jarmusch y compañía, pero con ese punto estrambótico que aportan los escenarios y personajes islandeses. Como si la pareja de *Mystery Train* se paseara por los alrededores de Rejkjavic. No es una parábola sobre la singularidad racial de la isla, sino sobre Islandia como espacio de lo maravilloso, como reserva natural de los sueños perdidos de Occidente. O quizá donde todo terminará dentro de poco. Para Fridriksson y Stara, del chiste al Apocalipsis sólo hay un paso. **C.L.**

CERO GRADOS KELVIN

Aventura iniciática

Ésa debe de ser la temperatura que reina en los exteriores de esta película, una jungla de nieve y hielo en la que tres personajes se juegan su futuro e incluso su propia vida. Un aprendiz de poeta se alista en la Greenland Company para conocer de cerca cómo es la existencia en ese punto límite. Dado este paso conoce al responsable de su lugar de destino, un tipo violento que se dedica a hacerle la vida imposible. Y ambos son el objeto de contemplación favorito de un tercero, un científico que pronto se cansa de sus peligrosos jueguecitos.

La película transcurre en la época en que Cristiania pasó a llamarse Oslo y por lo tanto tiene el aroma de una aventura iniciática.

De hecho, los ecos de Joseph Conrad y Jack London sobrevuelan la tundra. Pero, como era de esperar en una película nórdica, pronto los grandes espacios abiertos se convierten en un infierno y cuando la trama pasa al exterior resulta aún más claustrofóbica que cuando se reduce a las cuatro paredes de una cabaña. Mientras los personajes tienen poco espacio para dirimir sus diferencias, la estrategia es teatral y se basa en el movimiento de los cuerpos en un lugar cerrado y breve, toda una coreografía que Stellan Skarsgard aprovecha muy bien para mover su enorme espinazo, una mezcla extraña entre Charlton Heston y Orson Welles. Cuando se enganchan los pe-

rros a los trineos y el enfrentamiento verbal se convierte en persecución, el horizonte que nunca llega a dibujarse es la manifestación simbólica de una inmensidad aún más agobiante que una pequeña casita de madera en medio del frío polar. No es de extrañar que suecos y noruegos, finlandeses e islandeses estén obsesionados con su clima, hasta el punto de desempeñar un papel central en sus películas: es a la vez su rasgo distintivo y su condena, aquello de lo que hay que huir para recalar en Lanzarote o Fuerteventura, dos localidades ampliamente citadas en esas cinematografías. Pero antes, como en *Cero grados Kelvin*, hay que pasar por el aprendizaje de la complejidad humana, la negación del bien y del mal: el frío educa buenos filósofos. **C.L.**